



HISTORIAS DE VIDA

Recuerdos de Hogar

En el Hogar Naval los niños son asistidos en forma integral. Se les brinda alojamiento, alimentación, asistencia médica, psicológica, y todo lo que necesitan para desarrollarse en forma sana. Los niños allí encuentran un espacio donde pueden sentirse seguros y acompañados. Aprenden a compartir, a ser solidarios y a ayudarse los unos a los otros.

Hoy les traemos la historia de Carlos Daniel Gómez, un ex alumno del Hogar Naval. Actualmente trabaja en DIBA y nos cuenta cómo fue crecer en el Hogar.

Carlos ingresó junto a sus hermanos cuando tenía 6 años después de que sus padres se separaron. Fue pupilo hasta los 17 años y asegura: *Al principio fue difícil, era un lugar nuevo, desconocido. No entendía de qué se trataba. Después me habitué tanto que no quería irme. Recuerdo la primera vez que me sacaron a pasear. Me llevaron a ver la película de Rambo*

y me puse a llorar porque pensé que no iba a volver al Hogar. Estaba bien ahí adentro, no me faltaba nada.

Contanos, ¿cómo era un día en el Hogar Naval?

Nos levantábamos a las 6 de la mañana. A las 7 había que estar en el comedor para desayu-

nar. De ahí volvíamos al dormitorio a buscar la mochila para ir al colegio, que estaba pegado al Hogar.

Por la tarde, de 2 a 4 y media nos dedicábamos a estudiar y a hacer la tarea.

A las 6 y media de la tarde teníamos que estar bañados y cambiados. Si era lindo día seguíamos jugando. Si era feo día nos dejaban ver televisión. Durante la semana, a menos que fuese feo día, no se veía televisión. Salvo que fuera un campeonato del mundo, que nos dejaban ver a todos. Si no, no había televisión. Era todo deporte, jugar, entretenernos entre nosotros, inventar cosas.

Durante la noche nos cuidaba la celadora nocturna. Ella estaba toda la noche. Si la nocturna se distraía en su office nos escapábamos y nos íbamos a ver televisión con los pibes. No hacíamos ninguna maldad. Veíamos a Narciso Ibañez Menta. Eso lo daban como a las 12 de la noche. El único problema era que el piso donde estaba el televisor era de madera y rechinaba. **(Se ríe)**

De todo lo que era comida o lavandería, nosotros no hacíamos nada. Nuestra única obligación era estudiar.

Está claro que Carlos cumplía con gusto estas “obligaciones”, ya que sus resultados fueron muy buenos. Al principio le costó, repitió primer grado en dos oportunidades pero luego obtuvo muy buenas calificaciones. Cuando terminó séptimo grado eligió la especialidad que quería para hacer el secundario, así fue como optó por concurrir a una escuela de enseñanza técnica, en la que se recibió de electricista.

Cuando me faltaba un año para terminar el secundario me eligieron, junto con otros que ya estaban terminando, para viajar a Ushuaia. Fue porque tenía buen promedio y buena conducta.

Nos sacaron a pasear por todos lados. **Recuerda feliz.**

Éste no fue el único viaje que realizó junto a la gente del hogar. Nos contó que en 7mo grado viajó 15 días a Mar del Plata junto a sus compañeros como viaje de egresados.

La realidad de Carlos no era sencilla, más allá de eso, en el Hogar se aseguraron de que tanto él como sus compañeros tuvieran todo lo que los otros chicos de su edad disfrutaban. Los cumpleaños que tuvimos ahí adentro son inolvidables. Juntaban cumpleaños de dos meses y se hacía una súper fiesta. Incluía torta, regalos, todo.

Lo que nunca me voy a olvidar es la Colonia en Córdoba. Los viernes a las 9 de la noche salía el micro. Teníamos que esperar a que llegaran chicos que venían de Mar del Plata y de Punta Alta. Recuerdo que jugábamos y que una vez vino el Pato Carret **(que en ese entonces era un ídolo para los chicos)**



Colonia de vacaciones en Villa del Dique Córdoba

Los días de lluvia nos llevaban de paseo para recorrer Córdoba, ver lugares que no conocíamos, o íbamos a jugar a las ruinas. Eran 20 días. Cuando veíamos que teníamos que preparar las mochilas (para volver) no queríamos saber nada.

También recuerda el cuidado que le brindaron ante necesidad de atención médica

En una época, creo que fue en el 82, hubo una epidemia de gripe. El 60% de los chicos estaba engripado. Todos encerrados, pero no nos faltó nada. Nos separaron del resto de los pibes y estábamos todos en el mismo dormitorio. Pero nos cuidaron muy bien.

Incluso esa preocupación y cuidado se extiende en oportunidades más allá de su vida dentro del Hogar. Cuando Carlos, ya egresado, debió estar internado en el Hospital Naval, se acercó personal del Hogar en su asistencia.

Beti, mi catequista, se ocupó exclusivamente de mí. La única compañía que yo tenía era esa mujer. También vinieron amigos y compañeros de trabajo, pero la que más se ocupó fue ella. Ella me conocía desde chiquito. Yo sabía que si ella estaba ahí, yo estaba bien cuidado.

Para Carlos el Hogar no sólo lo asistió en sus necesidades básicas de comida, techo, abrigo, sino que además lo educó en los valores del esfuerzo y el compañerismo.

El Hogar me formó como persona y me dio todo lo que tengo hoy día. Soy una persona común y soy compañero en donde estoy. Trato de resolver mis problemas sólo, pero cuando estoy apretado también sé pedir ayuda. No busco lo fácil, prefiero esforzarme un poco más. Trabajo mucho y espero algún día poder tener mi propia casa. Ese es mi sueño.

Sin lugar a dudas la infancia de Carlos y sus hermanos no debe haber sido fácil lejos de sus padres. Pero, dado que contaban con la posibilidad de poner a sus hijos al amparo del Hogar, ellos contaron con un lugar dónde se les brindó apoyo y contención. Hoy Carlos nos afirma: Me costó al comienzo. Pero agradezco haber pasado mi infancia ahí adentro. Del Hogar Naval me llevo los mejores recuerdos.

Actualmente el Hogar continúa con su obra de amor y solidaridad. Esto es posible en gran parte por aporte de todos los afiliados a DIBA. Si desea conocer más puede leer la nota de la página siguiente.

